

La memoria y el catolicismo

de Menéndez y Pelayo

Con dificultad se concede el entendimiento. El entendimiento se escatima. ¿Quién no es avaro para darle? Se diría que lo que da cada uno es como si á sí mismo se lo quitara. La memoria, en cambio, se prodiga sin pena, como si no hiciese falta ó como si no importase alta superioridad el

poseerla. Hasta los mayores enemigos otorgan buena memoria á quien desean denigrar con sátira encubierta ó implícita en la alabanza. Presumen que la cantidad de memoria que conceden la sustraen del entendimiento del alabado, cuyos triunfos se explican de manera menos honrosa, negándole originalidad y fantasía.

En lo expuesto me fundo para no admitir, sin reparos y restricciones, los desmedidos elogios que oigo hacer por ahí de la portentosa memoria de nuestro nuevo compañero.

Imposible es que alguien sea erudito, literato ó sabio, sin buena memoria. Calidad es esta que se requiere para cualquiera de dichos oficios ó profesiones; pero también se requiere buena voz para ser orador, y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises. Sin duda que el señor Menéndez y Pelayo tiene buena memoria; pero con su buena memoria se hubiera quedado, si no poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su buena memoria le vale. El pintor necesita buena vista, y el médico buen oído; pero hay hombres que tienen vista de lince, y no pintan, ó pintan mal, lo que es peor, y otros que tienen oídos de tísico, y no cantan ni componen óperas ni sinfonías; y de la propia suerte he conocido yo y conozco gran número de personas que tienen muchísima más memoria que el señor Menéndez y Pelayo, y que ni llaman la atención ni escriben hermosos libros y mejores discursos. La memoria de éstos es como la urraca, que roba de aquí y de acullá multitud de cosas, y las amontona en desorden y para nada le sirven; y la memoria del señor Menéndez y Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, la más pura sustancia del cáliz de las flores; y ordenando luego lo que ha tomadó, y presándole no poco de su generosa y natural condición, lo convierte en miel, con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres, y en cera, con cuyo resplandor los ilumina y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares.

Entendida así la memoria, ¿cómo negar que es nobilísima y utilísima facultad del alma? Tal memoria no es dable sin la energía de carácter, sin la constancia, sin la laboriosidad y sin otras virtudes. Y aun así, no bastaría todo ello para explicar cómo el señor Menéndez y Pelayo ha aprendido, ha escrito y ha enseñado tanto, siendo tan mozo, si no le concediésemos igualmente singular rapidez para comprender las cosas, y claro y ágil entendimiento para clasificarlas y ordenarlas, pues sólo lo bien comprendido, clasificado y ordenado se conserva allí, no se borra ni se confunde, y acude con prontitud cuando se necesita.

A fin de ser excelente escritor se requiere además, sobre la memoria que conserva y el entendimiento que ordena, otra facultad que crea la *expresión y la imagen* de que el pensamiento se reviste, y que concierta y enlaza las palabras, por arte no aprendido, para que tejan el discurso con nitidez, elegancia y fuerza.

Este dón de la facundia le posee en grado eminente el señor Menéndez y Pelayo. Todos sus escritos dan de ello irrecusable testimonio.

Para mí, pues, más que por erudito, más que por gramático, más que por humanista, aunque estas condiciones le hacían idóneo para ser académico, lo cual, no sólo es premio y distinción honorífica, sino función ó empleo, el señor Menéndez está aquí por poeta. Mientras que el vulgo le reconoce y proclama como tal, en lo que sí tarda es por lo insólito ó inaudito de su canto, justo es que le reconozca y proclame, no la Academia Española, que no debe imponer su autoridad ni comprometerla, sino un individuo de su seno, que espera no ser desmentido ni por el juicio de la posteridad ni por la opinión pública ilustrada de la edad presente.

Nace de aquí el amor, nace de aquí la devoción fervorosa que consagra el señor Menéndez al gentilísimo helénico, y nace también de aquí su intolerante catolicismo (1) desde que empieza la edad moderna. Desde entonces el señor Menéndez pone sobre todo el ser de católico. Nada bueno hay que no informe y funde esta religión. La reforma luterana es un retroceso; algo, en lo espiritual, como lo que la invasión de los bárbaros y la caída del imperio romano fueron en lo temporal siglos antes. El predominio de la filosofía alemana, en época más reciente, fué otra invasión no menos funesta contra el imperio filosófico de los pueblos latinos.

Con independencia de su sistema, y por cima de él, quizá estará en el alma del señor Menéndez la fe religiosa. No me incumbe tratar aquí de ella ni examinar sus quilates. Baste la afirmación para mi propósito de bosquejar un retrato literario, de que el ardiente catolicismo del señor Menéndez cuadra y se ajusta con su sistema.

JUAN VALERA.

Del discurso que leyó en la Academia Española al ser recibido como académico don Marcelino Menéndez y Pelayo el año 1881.